

El tío López

ENTRE los tipos enguerinos más populares durante varias décadas del presente siglo destaca poderosamente la atención el arriba citado.

Su simpatía, su poderoso don de gentes, su galantería en el requiebro a todo el sector femenino, siempre bien acogido por las mujeres, dado que nunca traspasaba los límites del respeto y la honestidad, y claro está, a toda persona femenina le agrada le digan guapa, aunque no lo sea.

Era nuestro hombre alto, bien parecido, pelo negro algo ondulado, bien peinado siempre, y con la solapa adornada de jazmines en verano y algún clavel en el resto del año.

Casado y sin hijos, habitaba en la calle del Santísimo y compartía su trabajo con tres solteros —Miguel *el Estubeñero*, José *Jaranga* y Joaquín *Chimo*— en las ramas de Piqueras, por lo que su cuádruple paso diario por las principales calles y plazas del pueblo siempre era motivo de piropeo para cuantas mujeres se cruzaban con él, y los comentarios y jocosidad de cuantos los oían.

No se le conocía vicio alguno que le dominara, pero sí destacaba poderosamente por su afición a los toros. Era belmontista fanático. Muchas veces se tocaba con un sombrero cordobés y un pañuelo de seda, rojo, con los clásicos lances de su ídolo estampados en sus cuatro puntas; y además, cosa rara en la mayoría de los enguerinos, conocía perfectamente cualquier lance del toreo, distinguiendo una verónica de una gaonera; un pase natural, de uno redondo o ayudado; así como un toro zaino y corniveleto, de otro jabonero sucio y de mucho trapío. Cuando tenía ocasión se desplazaba a Valencia para deleitarse con su torero, cosa que sería un par de veces al año; pero su fuente de información era la prensa, que hacía cisco, se la *merendaba* diariamente de cuantos comentarios y corridas era protagonista su *fenómeno*, en todos los periódicos llegados a Enguera. Recuerdo que se sabía de memoria un célebre artículo de un periodista madrileño —creo que Don Modesto— que sirvió como de consagración de tal torero, por una de sus primeras corridas celebradas en la Villa y Corte.

Muy querido era asimismo entre la chiquillería. Recuerdo los célebres Carnavales enguerinos. Aquellas tardes de Carnaval, tan llenas de colorido y gracia, en que las comparsas afluían a la plaza de San Pedro por todas sus bocacalles. Nuestro hombre concurría solo, más o menos disfrazado, pero sin careta alguna. Era el "tío de la pelailleta". Dotado de larga caña de la que pendía un hilo a cuyo extremo adosaba una peladilla, y el juego consistía en cimbrar la caña para que la peladilla fuese oscilante entre veinte o treinta chiquillos que debían cogerla sin ayuda alguna de las manos; y en esto consistía el juego: en coger la golosina con la boca, entre la hilaridad de los concurrentes. Naturalmente, estas reglas del juego eran respetadas por todos los chiquillos.

Dudo que en aquellos tiempos hubiese otro enguerino que llevase más niños a bautizar a la pila de San Miguel, que nuestro hombre. Yo me encuentro entre ellos.

Vaya, pues, mi memoria y recuerdo para el hombre de bien, el *tío López*, al que estoy unido por vínculo de sacramento.

Enrique APARICIO NAGER

Valencia, Agosto 1970

LOPEZ

No, no fue un laureado militar, ni un sabio catedrático, ni un político ilustre, ni un hombre del Foro, de la Medicina, de las Artes, de las Letras; no destacó en los deportes, ni dejó una fortuna (al menos cotizabile en pesetas); pero en Enguera, durante medio siglo, aproximadamente, a cualquiera que se le citase ese apellido, sabía perfectamente a quién se refería. Unos decían parcamente: **López**; otros, más precisos, añadían su profesión: **López el ramero**; finalmente, cuando López entró en años, se le llamaba respetuosa y cariñosamente —pues ambas cosas significa— con el apelativo de **tío López**.

De mediana estatura, erguido, enjuto de carnes, afeitado, bien trazada la raya de su pelo gris, con gafas de montura de plata (como las del "Séneca" de Pemán), en invierno con una chaqueta azul, con buen tiempo, en mangas de camisa, mas siempre con su chaleco, y prendido en él, durante los meses de estío, un **ramet de jarmiles** desgranando su estela de perfume. Muy limpio, llevaba luego del trabajo blancas camisas, que su mujer ("la Papelera es muy buena muchacha", como cariñosamente decía cuando se le preguntaba por ella), sin detergentes biodegradables con palitos azules, ni lavadoras superautomáticamente programadas, ni demás zarandajas, pero con agua, jabón y fuerza de puños, lavaba y planchaba, como para un anuncio televisivo.

Así le vi muchísimas veces pasar, camino de la fábrica o de la tertulia del café —él vivía en la calle del Santísimo—, y cuatro veces al día, durante largos años, le oí, cuando al efectuar ese recorrido, llegaba a la esquina de casa de mis padres. Y digo que le oía, porque López charlaba siempre. Era un buen enguerino, y ello equivale a decir que era un experto y fecundo hablador. Creo que si se hiciera un estudio de las peculiaridades distintivas del enguerino se llegaría a la conclusión de que la nota característica fundamental —juntamente con el ahorro—, el **hecho diferencial**, es el uso inmoderado de la palabra. El protagonista de una novela decía: "Sin comer puedo vivir, mas sin hablar no". Es seguro que mis paisanos, puestos ante el dilema de dicho personaje, la mayoría —y yo con ellos— optaría por conversar.

Esta incontinencia verbal del enguerino es de "nación", brota espontáneamente, de modo natural, sin necesidad del artificio de aquella señora —citada por Huxley— que hacía ejercicios matinales de lengua, para estar en plena forma al salir de casa. Que esta cualidad es ancestral lo acredita el que si se bucea en la literatura local, aparece en ese "Mío Cid" propio, que es "la Comedia Enguerina", que el Tío Pepe, al evocar emocionado a su fallecida esposa, exalta el don máspreciado de la difunta, su locuacidad pulida y competitiva, diciendo:

¡Ganas me dan de plorar!

Era la mujer más fina...

**¡Que con cualquier lechuguina,
me la chugaba a charrar!**

Otra muestra del pasado es la labia de los primitivos pañeros, que ganó los mercados para la industria enguerina.

Mas esta prodigalidad verbal no se ejercita a media voz, en tonos moderados, sino al máximo de volumen, con toda potencia. El enguerino tiene ya el oído habituado a tales excesos fonéticos, mas el visitante los extraña.

Esto me trae a la memoria la siguiente anécdota. Se encontraba en nuestro pueblo un forastero —casado con una señora enguerina— y como distracción, unos amigos fuimos con él, un domingo por la mañana, al castillo. Subíamos por la Mota (camino viejo de Montesa) distraída y pausadamente, se oía algún pájaro, el zumbido de un insecto, las esquilas lejanas de unas cabras..., todo paz y silencio. Pero al llegar a la cima, al divisar nuestro pueblo, el clamoreo horrisono de cinco mil voces entremezcladas llegó a nosotros y Jaime —así se llama nuestro amigo—, impresionadísimo, preguntó: "¿Qué ocurre en Enguera?". Procuramos tranquilizarle diciéndole que era lo habitual, lo cotidiano, unas mujeres en casa preparando el yantar, los maridos en la calle de tertulia y unos grupos de chicos en la plaza, pero todos ellos **charrando** simultáneamente en polífono coro, con la fuerza que solamente permiten las laringes enguerinas, formaban unas ondas sonoras que, rebotando en los muros, inundaban el pueblo anegándolo, y desbordadas en incontenible pleamar, subían por la Costera Blanca, reventando como olas, en las ruinas del Castillo, en tumultuosa espuma de apelotonadas voces.

Una de las figuras señeras del enguerinismo "alto-parlante" era López. Y este puesto, ganado con sobrados méritos y por todos reconocido, le autorizaba (alternando con Rafael Borja) a dar en la iglesia, al finalizar la procesión, el tradicional "¡Viva San Miguel!". En el fútbol era el animador de la hinchada, estando reconocida su jefatura, en el himno de una peña deportiva del año 1925 (cuyo "Cruiff" hoy preside una Sala de esta Audiencia), en el que su estribillo decía:

**Aquí tenemos a López,
socio de nuestra pandilla;
cuando salimos de noche,
nos dirige la cuadrilla.**

López estuvo siempre dotado de tales cualidades humanas que se captaba la simpatía de las gentes. Sólo él fue capaz una Nochebuena, con un frío tremendo, haciendo el servicio militar, de presentarse en el Cuarto de Banderas, al oficial de guardia, sin más prendas ni abrigo que el fusil, corraje y las botas.

Fiel cumplidor de sus deberes, extrovertido, abierto a todos, nunca le faltaba el requiebro de buena ley, a la **fadrina** desenvuelta, ni el consejo al compañero, ni la frase de consuelo al **chiquet** que, libro en la mano y moco en nariz, caminaba hiposo, humeante aún el trasero por el **batecul** paterno, camino de la escuela.

Solamente un perfecto equilibrio físico, y sobre todo psíquico, pudo producir aquella constante serenidad de espíritu que mantuvo a López alegre y jovial a lo largo de su vida. Únicamente con un total desasimiento de las cosas, con un pleno dominio de las pasiones, sin odiar ni envidiar, sin temer ni codiciar, sin complejos ni frustraciones, es posible gozar de la medida de ánimo de López. Hoy se habla del "furor de vivir", de la "angustia vital", etc., cuyos resultados son esos jóvenes-viejos, mientras que López, en sus años últimos era un viejo-joven.

Hace tiempo apareció en televisión un periodista, que había dado la vuelta al mundo, preguntando a las gentes en qué consistía la felicidad. Tuvo contestaciones variadísimas, desde la dramática de la viejecita de Hong-Kong respondiendo: "Tener unas monedas para comprar la medicina que me manda el doctor", pasando por la aséptica del "gentleman" londinense, que la definió diciendo: "Es la paz mental", hasta la niña romana que dijo: "Gozar de la gracia de Dios". Ignoro cuál fue el pensamiento religioso de López a lo largo de su vida, pues cuando le conocí él era ya mayor. Incluso es posible que, en sus años mozos, sin saberlo, siguiese la norma de felicidad del súbdito británico, mas cuando llegó a la madurez, a la plenitud, López siguió el único camino que lleva a la felicidad: la paz con Dios.

Nunca supe cuál fue su nombre y continuó ignorándolo, mas cuando se tiene una personalidad tan recia como la suya, que sin laureadas ni laureles, sin títulos académicos, ni cuentas corrientes, con sólo su profesión de ramero —pero con altísima calidad de hombre bueno —convierte un apellido común en distintivo por todos conocido, no se precisan más datos ni referencias. No tuvo hijos, ni escribió libros, ni plantó árboles (los tres modos de perpetuarse), pero multimillonario de simpatía, la dilapidó entre todos los convecinos, sin exclusión alguna, dejando en el pueblo tan grato recuerdo, como el perfume del **ramet de jarmiles** que en los atardeceres estivales llevaba prendido en su chaleco.

FERNANDO PALOP FILLOL

Valencia, agosto 1974